

14 de agosto de 2022  
20° Domingo del Tiempo Ordinario Ciclo C



LECTURAS

**Jeremías 38,4-6.8-10:** Durante el sitio de Jerusalén, los jefes que tenían prisionero a Jeremías dijeron al rey: "Hay que matar a este hombre, porque las cosas que dice desmoralizan a los guerreros que quedan en esta ciudad y a todo el pueblo. Es evidente que no busca el bienestar del pueblo, sino su perdición". Respondió el rey Sedecías: "Lo tienen ya en sus manos y el rey no puede nada contra ustedes". Entonces ellos tomaron a Jeremías y, descolgándolo con cuerdas, lo echaron en el pozo del príncipe Melquías, situado en el patio de la prisión. En el pozo no había agua, sino lodo, y Jeremías quedó hundido en el lodo. Ebed-Mélek, el etíope, oficial de palacio, fue a ver al rey y le dijo: "Señor, está mal hecho lo que estos hombres hicieron con Jeremías, arrojándolo al pozo, donde va a morir de hambre". Entonces el rey ordenó a Ebed-Mélek: "Toma treinta hombres contigo y saca del pozo a Jeremías, antes de que muera".

**Salmo 39:** Esperé en el Señor con gran confianza; él se inclinó hacia mí y escuchó mis plegarias. Del charco cenagoso y la fosa mortal me puso a salvo; puso firmes mis pies sobre la roca y aseguró mis pasos. Él me puso en la boca un canto nuevo, un himno a nuestro Dios. Muchos se conmovieron al ver esto y confiaron también en el Señor. A mí, tu siervo, pobre y desdichado, no me dejes, Señor, en el olvido. Tú eres quien me ayuda y quien me salva; no te tardes, Dios mío.

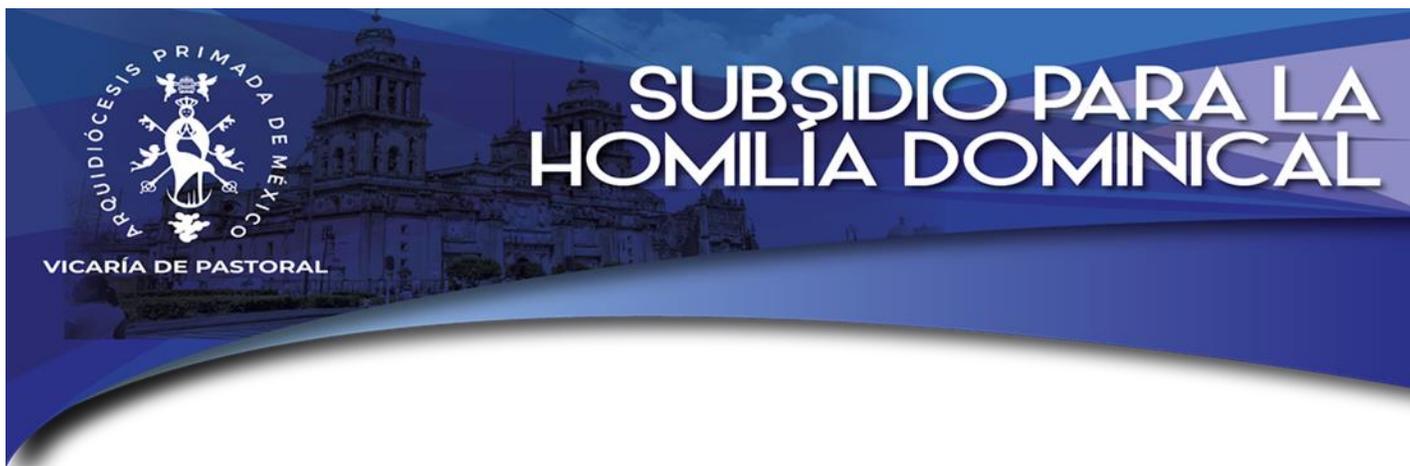
**Hebreos 12,1-4:** Hermanos: Rodeados, como estamos, por la multitud de antepasados nuestros, que dieron prueba de su fe, dejemos todo lo que nos estorba; librémonos del



pecado que nos ata, para correr con perseverancia la carrera que tenemos por delante, fija la mirada en Jesús, autor y consumidor de nuestra fe. El, en vista del gozo que se le proponía, aceptó la cruz, sin temer su ignominia, y por eso está sentado a la derecha del trono de Dios. Mediten, pues, en el ejemplo de aquel que quiso sufrir tanta oposición de parte de los pecadores, y no se cansen ni pierdan el ánimo, porque todavía no han llegado a derramar su sangre en la lucha contra el pecado.

**Lucas 12, 49-53:** En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "He venido a traer fuego a la tierra, ¡y cuánto desearía que ya estuviera ardiendo! Tengo que recibir un bautismo, ¡y cómo me angustio mientras llega! ¿Piensan acaso que he venido a traer paz a la tierra? De ningún modo. No he venido a traer la paz, sino la división. De aquí en adelante, de cinco que haya en una familia, estarán divididos tres contra dos y dos contra tres. Estará dividido el padre contra el hijo, el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra".





LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

## **PROFETAS QUE SON SIGNOS DE CONTRADICCIÓN PARA EL MUNDO**

Si a Usted, amable lector su catequista o su predicador favorito le ha vendido la idea de que el cristianismo es una experiencia de pacificación, de ausencia de conflicto, de armonía con el cosmos y con los hombres, que seguir a Jesús convertirá su vida en una especie de idílico edén en el que el sufrimiento y la carencia pasarán a la historia, lamento decirle que le han tomado el pelo o al menos le han transmitido una idea errónea.

Es verdad que acoger el llamado de Jesús con fidelidad, traerá un estado de vida –siempre como fruto de la gracia- transido de plenitud, de gozo que no se acaba, de alegría que penetra misteriosamente hasta el más recóndito rincón del alma, pero esto no significa de ningún modo ausencia de sufrimiento, lágrimas de sangre derramadas, soledad y abandono. Todo lo contrario, aquel que se convierta a la Buena Noticia proclamada por el Maestro deberá contar seriamente con persecuciones, infamias, oposición violenta a su forma de vivir.

Esto es inherente a la vida cristiana, porque esta vida da testimonio de un Dios que está en contra decididamente de toda forma de opresión y que está del lado –a tal grado que es capaz de dar la vida por ellos colgado de una cruz- de los que son aplastados y pisoteados por los poderosos de este mundo y sus esbirros.

Pero dejemos que las mismas lecturas que hoy nos son proclamadas en la Asamblea Eucarística nos guíen a una más plena comprensión de este misterio y pidamos al Señor que nos conceda su poder y un corazón dócil y valiente para abrirnos a su influjo.



El episodio de Jeremías nos pone un triste ejemplo de este sufrimiento que acarrea al profeta su fidelidad a la palabra de Dios, cuando el pueblo y sus líderes no la quieren escuchar. Él tenía que anunciar la destrucción del templo, de la dinastía davídica y de la ciudad de Jerusalén, por no querer someterse a Babilonia en ese momento. Era como poner punto final a las solemnes promesas hechas por Natán y otros profetas a David y a su ciudad capital, Jerusalén. Además, este descendiente de sacerdotes debe predecir la ruina del templo salomónico.

No le gustaban para nada esas desgracias que le tocaba anunciar y sufrió enormemente por causa de esa misma palabra dura que debía predicar, pero lo que pretendía era precisamente que eso no ocurriera, porque si escuchaban sus oráculos y se convertían, se evitarían esas catástrofes.

No logró esa conversión del pueblo y menos aún de los líderes religiosos y políticos. Más bien logró esa división entre unos y otros, pues hasta entre el alto liderazgo político encuentra opositores, mientras el rey se deja llevar del viento político que sopla en cada momento. Pero la palabra de Dios y su profeta no son un viento cambiante, sino una palabra firme y segura que exige cambiar de mente y de conducta; que pide una opción radical de parte de los oyentes.

La respuesta del salmista a la proclamación de la primera lectura parece retomar, por una parte, la experiencia misma del profeta que es rescatado por Dios de una muerte segura y, por otra parte, a nivel espiritual nos invita a abrirnos a la confianza plena en que por más difícil o desesperada que sea una situación, el Señor no abandona a los que le son fieles y anuncian sin componendas facilonas el mensaje que Él nos encomienda.

La carta a los Hebreos, pone las cosas en la perspectiva correcta y precisa el parámetro que debe regir la vida del cristiano; ese parámetro es Cristo mismo en cuanto entregado por y para los hombres hasta el límite del derramamiento de la sangre. En otras palabras, si el discípulo se pregunta sobre cuál es el término del amor, hasta dónde debe llegar su servicio a los demás –especialmente a los enemigos-, la respuesta se encuentra en la imagen del crucificado que ha derramado su sangre para bien de todos.

En el evangelio de Lucas, parece que Jesús cambia radicalmente su mensaje. La Buena Nueva nos parece tan hermosa, tan atenta a los débiles y pequeños, tan llena de amor y solicitud hasta por los pecadores y enemigos, que su mensaje no puede ser otro que el de una gran paz y armonía entre todos los hombres. Eso es lo que proclamaban ya los ángeles en el momento del Nacimiento (Lc 2, 24) y lo que vuelve a proclamar el Resucitado apenas se deja ver por los discípulos atemorizados (Lc 24,20-21).

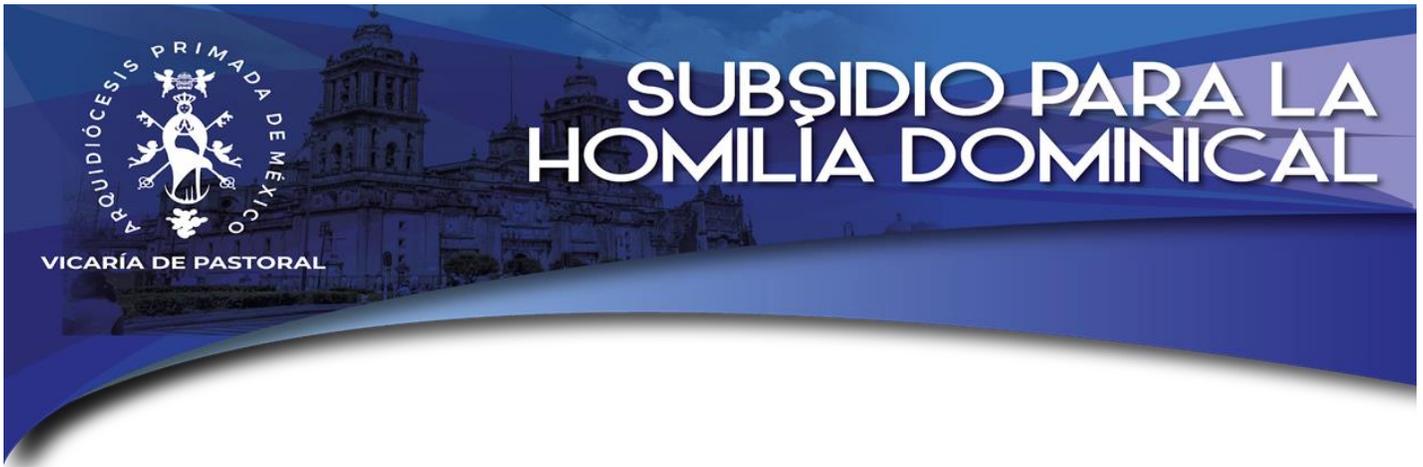
Aquí, sin embargo, Jesús parece decir todo lo contrario. Su mensaje no viene a producir paz y concordia entre todos, sino que lleva a la división incluso entre los miembros más allegados de la familia, padres e hijos, nueras y suegras.



Pero no se trata de cualquier mensaje, de cualquier propuesta, sino de la presencia misma del Reino de Dios en sus palabras y sus gestos, en sus milagros y sus actuaciones. No cabe oír esa Buena Nueva del Reino y permanecer neutral o indiferente; no cabe entusiasmarse con Jesús y seguir en lo mismo de siempre. Por eso hay que optar con pasión, hay que tomar decisiones y actuaciones que implican cambios muy radicales en la vida, cambios en las estructuras que nos resultan más sagradas, tales como los vínculos familiares, por muy respetables que estos sean. El que no pone por delante a Jesús, incluso sobre su propia familia, no puede ser su discípulo (Lc 14, 26).

O los discípulos somos y actuamos como un signo viviente de contradicción para un mundo estructurado sobre cimientos claramente antievangélicos o simplemente no merecemos ser llamados seguidores del Cristo. Por eso, hoy conviene preguntarnos con toda seriedad si de algún modo somos perseguidos a causa del Reino, si nuestro modo de comportarnos incomoda o interpela a los que nos rodean, porque si no es así, lo más probable es que no estemos viviendo el Evangelio del único modo que es válido vivirlo y tal vez nuestra supuesta relación con Jesús no sea más que una mascarada, una ficción de nuestra mente para sentirnos tranquilos de cara a Dios.

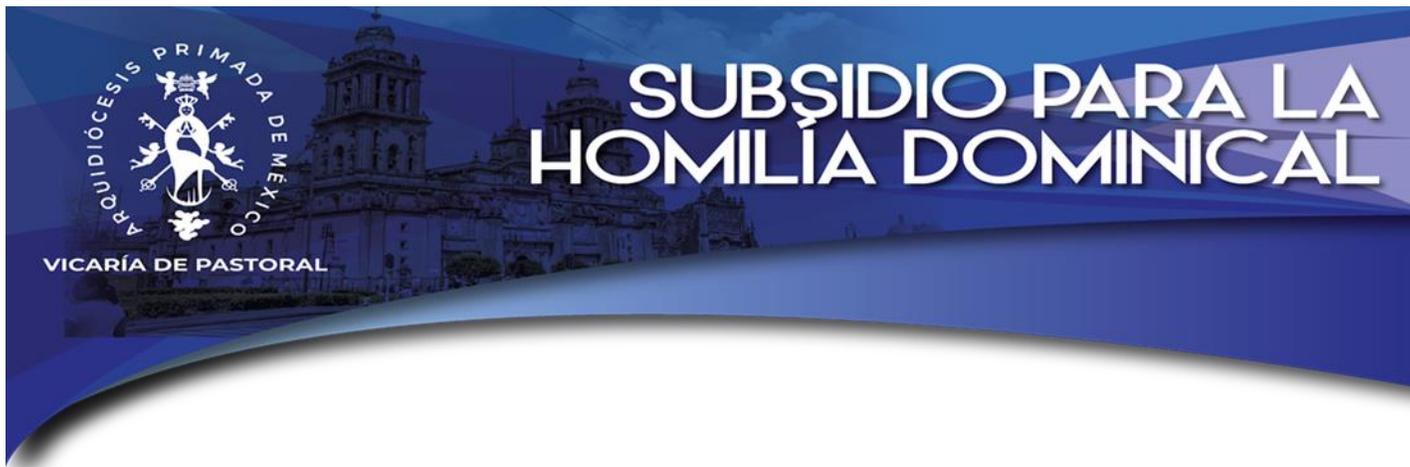




## SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

- Jesús dirige a sus discípulos una palabras durísimas. Es cierto que él nos ha dejado su paz, una paz que no procede de este mudo y que no conoce término ni límites. Pero él nos previene sobre la oposición que encontrará todo aquel que elija seguirlo con radicalidad. Porque ser discípulo de Jesús es ir contra la corriente:
  - ❖ De quienes eligen vivir desde el egoísmo y quieren pasar por encima de los derechos de los demás.
  - ❖ De quienes eligen corromperse para lograr sus objetivos.
  - ❖ De quienes pisotean y excluyen a los más vulnerables de la sociedad.
  - ❖ De quienes eligen la violencia para imponer sus ideas o creencias.
  - ❖ ¡No desistas, pon los ojos fijos en Jesús, autor y consumidor de nuestra fe!





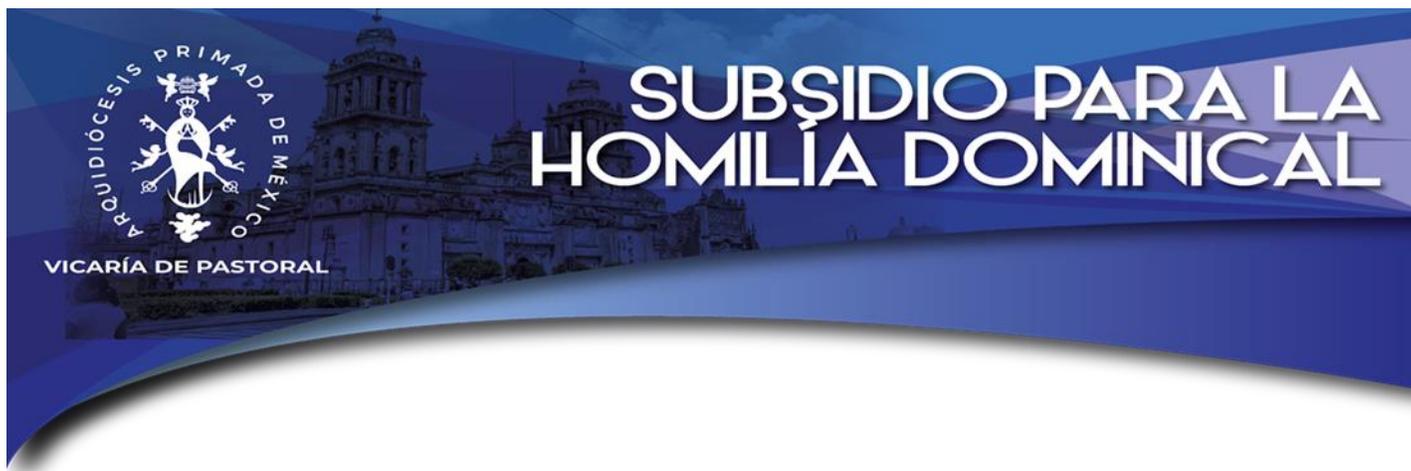
## CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA



**Te invitamos a orar y reflexionar con este bello canto:**

<https://youtu.be/95XzYOb9xLM>





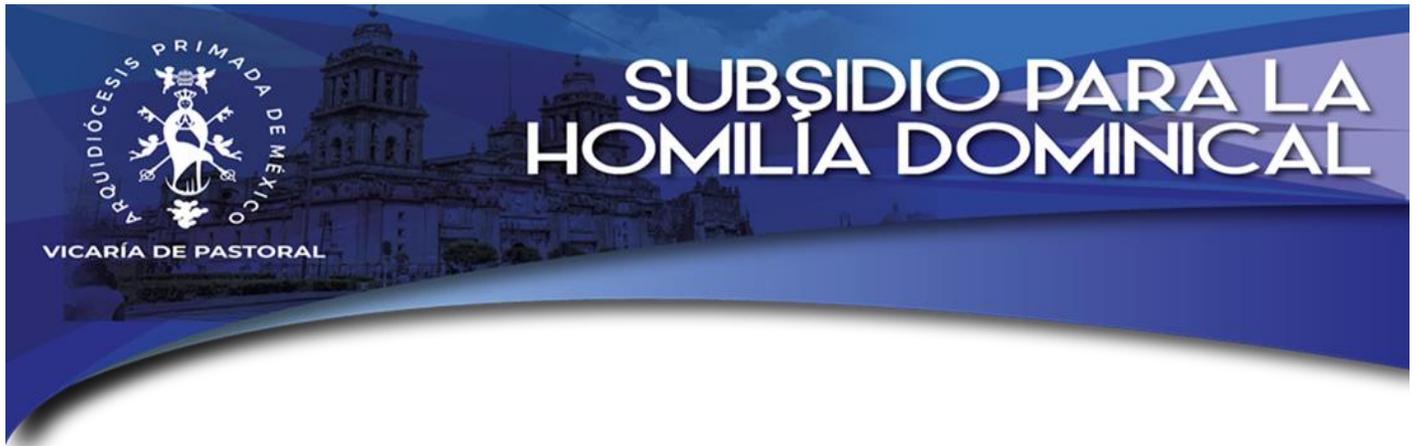
## **LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA**



**Papa Francisco explica las palabras de Jesús: “No he venido a traer paz, sino la división”**

<https://bit.ly/3P7rccx>





## **ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL**

### **LA PAZ Y LA UNIDAD QUE CRISTO VINO A TRAER**

El Evangelio del día de hoy contiene las palabras más provocadoras pronunciadas por Jesús: "No he venido a traer la paz sino la división". Y pensar que quien dice estas palabras es la misma persona cuyo nacimiento fue saludado con las palabras "Paz en la tierra los hombres" y que durante su vida había proclamado "Felices los que trabajan por la paz". Esta aparente contradicción se esclarece al saber cuál es la paz y la unidad que Jesús ha venido a traer y cuál es la paz y la unidad que Jesús ha venido a suprimir.

Jesús ha venido a traer la paz y la unidad en el bien. La paz de Jesús conduce a la salvación y a la vida eterna. Él ha venido a quitar la falsa paz y unidad que sólo sirve para adormecer conciencias y llevar al vacío espiritual. Jesús no ha venido para traer la división y la guerra, sin embargo, su mensaje traerá contraste y división, ya que sitúa a las personas ante la disyuntiva.

Su palabra y su propia persona sacan a la luz lo que está más oculto en lo profundo del corazón humano. La primera víctima de esta contradicción, el primero en sufrir esta división y esta guerra será precisamente Jesús mismo. Después de Él, la persona más involucrada en este drama es María su madre. Jesús distingue 2 tipos de paz: la paz que nos trae y que nos la da, no como la da el mundo, sino la que viene auténticamente de dios y la paz efímera e ilusoria a la que el hombre puede estar apegado.

¡La auténtica paz viene de Jesús!





## **ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE LITURGIA Y ESPIRITUALIDAD**

La Palabra de Dios que se nos proclama en este Domingo es una palabra dura, pero que leída a la luz de la misma Escritura y de la fe de la Iglesia, como el Salmo responsorial nos invita, se vuelve también siempre en una Palabra que alienta. Por ello, la Iglesia, en este Domingo, y a la luz de esta Palabra escuchada, nos invita a orar, invocando a Dios con una gran motivación: él ha preparado bienes invisibles para los que lo aman. Estas palabras ya quieren traer a la mente las palabras de la misma Escritura: "lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre, es lo que Dios preparó para los que le aman" (1 Co 2, 9-10), pues la oración de la Iglesia en la Liturgia toma su sentido y significado de la misma Escritura (cf. SC 24); o sea, es la respuesta orante a la Palabra proclamada y escuchada.

De este modo, la Iglesia, ante lo escuchado en la Liturgia de la Palabra, nos quiere llenar de la esperanza que funda ese seguimiento radical del Señor: aquello que nadie podría siquiera imaginar es lo que Dios ha preparado y promete a quienes lo aman; y Dios siempre es fiel a su palabra. Por lo tanto, el punto clave se vuelve ser de aquellos que lo aman: "El que acepta mis mandamientos y los cumple, ese me ama" (Jn 14, 21). De ahí deriva la radicalidad de las palabras del Señor en el Evangelio de hoy, pero nos da una buena motivación para hacerlo y la Iglesia nos lo recuerda y lo transforma en oración de todos.

Esta invocación se convierte en una petición concordante: infunde en nuestros corazones el anhelo de amarte; lo cual haría resonar en nuestros oídos aquellas palabras: "el amor de Dios ha sido infundido en nuestros corazones con el Espíritu Santo que nos ha dado" (Rm 5, 5). Es decir, si los bienes inimaginables son para quienes le aman, queremos pedirle que, según su promesa, renueve la efusión del Espíritu de su amor para que nos faculte para cumplir sus mandamientos y permanecer en su amor. Diría san Agustín: "Dame lo que me pides y pídimelo que quieras".

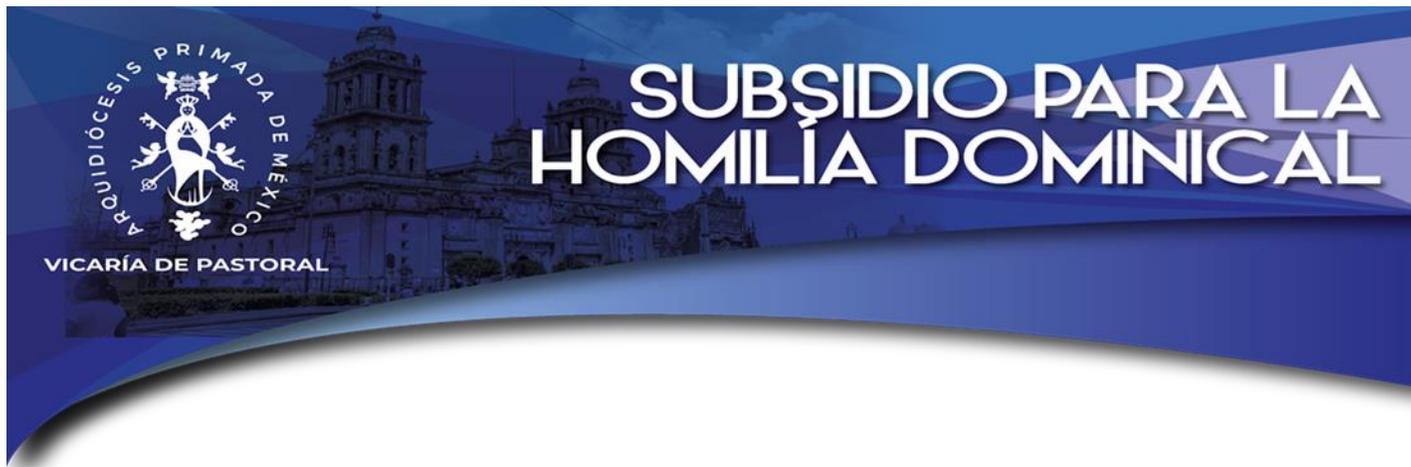


Es aquí donde llegamos al para qué: amándote en todo y sobre todo consigamos sus promesas que superan todo deseo. Esto es, exactamente la motivación que movía toda nuestra oración. En efecto, nuevamente quiere hacer eco de la misma Escritura: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas" (Mc 12, 30), que a su vez explica lo que él mismo presenta, como palabra dura, en el pasaje del Evangelio de hoy.

De ahí, podemos entender que en el momento de presentar nuestros dones, le digamos al Señor que lo ofrecemos lo que él mismo nos ha dado, pero que tiene como fin recibirlo a él mismo: no habría bien más inefable que este. Por lo tanto, después de haberlo recibido en la Comunión, nos reconocemos unidos a Cristo, y por lo tanto, pedimos que el sacramento del cual hemos participado nos permita asemejarnos a él ya desde ahora, prenda de nuestra escatológica unión con él. De este modo, la Iglesia, a lo largo de este Domingo, nos ayuda a asimilar una palabra que, de inicio pudiera parecer descorazonadora, para redescubrir la riqueza de la promesa que se encuentra detrás de ella.

La oración eucarística, iniciando con la solemne acción de gracias del prefacio, pudiera verse enriquecida en este contexto eucológico con el texto del Prefacio VI para los Domingos del Tiempo Ordinario, en el cual reconocemos experimentar las pruebas cotidianas de su amor así como la prenda de la vida futura gracias a su Espíritu Santo.





## **ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE ADULTOS Y FAMILIA**

Querido adulto mayor: ¿Alguna vez alguien te ha dicho que seguir a Jesús significa buscar el jardín del edén, vivir sin conflictos, casi como si estuvieses entre nubes? O tal vez tú lo has llegado a pensar en un momento dado. Si este es el caso, quiero que recuerdes las lecturas de esta semana, Jesús nos llama a seguirlo con radicalidad, es decir, a darlo todo, a entregarnos sin reservas, a no ser indiferentes ni neutrales.

Casi siempre sentimos y pensamos que el mensaje de Jesús unifica a la humanidad, sirve para consolar y dar esperanza, por eso las lecturas de esta semana son como una bomba que sacude nuestros cimientos cristianos: Jesús nos dice que su obra y su palabra dividirán a las familias, pondrán en contra unos a otros, pero que si queremos vivir el Reino de Dios entonces debemos ser de los que dan todo o nada. Querido adulto mayor, ¿Así vives a Jesús?, si tu respuesta es sí, te felicito, has hecho algo sumamente difícil y que pocos cristianos logran, sin embargo, si tu respuesta es no, entonces te invito a que medites las palabras de esta semana y asimiles el hecho de que a Jesús no le agradan los tibios, los neutrales, los indiferentes. Deseo de corazón que entregues tu vida a Jesús y camines con él.

La familia católica es la unidad básica de la iglesia de Cristo, el padre y la madre somos los principales responsables de la formación y educación católicas, pero ¿esto qué significa? Jesús nos recuerda en las lecturas de esta semana que no hay lugar en el reino de Dios para los tibios, para aquellos que son indiferentes o pretenden jugar un papel neutral, no hay lugar para los que no se comprometen, para los que no aceptan el hecho de que él quiere que seamos cristianos activos y un ejemplo para otros, en este caso, para nuestros hijos. Nosotros tomamos esta responsabilidad con seriedad, y si bien



fallamos a veces, porque ser como Jesús es una tarea titánica, nos tenemos uno al otro para señalarnos nuestras faltas con amor, pero sobre todo para apoyarnos, para llevar a nuestra familia a donde queremos: a la presencia de Dios siguiendo el camino de Jesús.

Deseamos que reflexiones, querido padre o madre de familia, acerca de tu sagrado papel como educador y formador de cristianos comprometidos, fuertes, independientes, confiables, pacientes, caritativos. También deseamos que tengas éxito en esta empresa y que ores por tus seres amados, pero sobre todo que pidas que Dios, María y Jesús te acompañen y vivan contigo y tu familia.

